

El Misterio del Monstruo Que Robó la Navidad

*Un relato del inspector Jean Pierre Gascón
Y su inefable ayudante Gervaux Chinchón*



 safecreative
1 611049 753193
INFO ABOUT RIGHTS

CREADO
por

EHR

Jean Pierre Gascón & Gervaux Chinchón en...

EL MISTERIO DEL MONSTRUO QUE ROBÓ LA NAVIDAD

POR EIHIR

Todos los derechos reservados

Copyright ©2016 – Vicente Ruiz Calpe

Contacto: eihir@alpeia.com

Registro SafeCreative 04/11/2016



Para más aventuras del inspector Gascón y su ayudante Chinchón podéis visitar el blog de su autor, <https://eihir.wordpress.com/>

EL MISTERIO DEL MONSTRUO QUE ROBÓ LA NAVIDAD

Un relato del inspector Jean Pierre Gascón y su inefable ayudante Gervaux Chinchón

Por Eikir

«La sábana de algodón cubría su cuerpo de forma caprichosa revelando sus poderosas curvas, fundiéndose con su piel ardiente de deseo mientras ella lo miraba ávida de lujuria. El hombre enmascarado se acercó a los pies de la cama, apartando con suavidad la fina cobertura mientras la exquisita dama se retorció de gozo ante su simple contacto. El hombre se deleitó ante aquella visión esplendorosa, un cuerpo de mujer joven completamente desnudo. Deslizó un dedo por la piel pálida de la mujer subiendo despacio, explorando todos los lugares prohibidos que...»

–¡Agente Chinchón! ¿Se puede saber que porquería está leyendo? –la voz chillona y estridente del inspector Gascón resonó de repente justo al lado del oído del agente Chinchón, el cual se cayó de la silla soltando el viejo ejemplar de las manos.

–¡Inspector Gascón, que susto me ha dado, ¡mon Dieu! Estaba leyendo el último ejemplar de las aventuras del Fantasma Negro –contestó el agente de policía recogiendo el libro del suelo.

–Eso es literatura barata extranjera, amigo mío. Debería leer a los grandes clásicos patrios, nuestra amada Francia es tierra de grandes escritores. Voltaire, Víctor Hugo, Baudelaire...

–Pues antes preferiría a Jules Verne, inspector –replicó Chinchón a su jefe ante su verborrea pomposa–. Al menos no me daría tanto dolor de cabeza que escucharle a usted.

–¿Cómo ha dicho?

–Nada, inspector, cosas mías –contestó el gordinflón mientras pasaba las páginas de su novela pulp erótica, *Las Aventuras del Fantasma Negro*.

Ambos personajes no podían ser más distintos, tanto a simple vista como en lo concerniente a su personalidad. El inspector Jean Pierre Gascón era delgado y de rostro alargado, con su cabello negro bien recortado y embutido en un birrete azul, muestra de su sentido patriótico extremista. Por el contrario, su ayudante Gervaux Chinchón era bajo y de barriga prominente, de sonrisa ancha y afable a la par de su sentido del humor. Pero si había un elemento común que uniera a estos dos agentes de la ley, era su evidente cobardía ante cualquier signo de lo paranormal, además del poco aprecio que sentían por el trabajo duro.

En aquellos momentos sonó de manera muy insistente el teléfono que ambos compartían en el edificio de la Prefectura de París, ante lo cual el inspector Gascón refunfuñó disgustado:

–Cójalo usted, por favor.

–Oh, no, inspector. Seguro que es para usted, cójalo –replicó Chinchón.

–Por favor, insisto. Cójalo usted.

–Usted primero, faltaría más.

De repente el teléfono dejó de sonar para satisfacción de los dos policías, los cuales se repantigaron cómodamente en sus asientos. Era la hora de almorzar y no tenían ganas de trabajar, como era costumbre. En ese momento la puerta del despacho se abrió y apareció el rostro juvenil del asistente Poulin, con sus gafas de pasta y sus largas patillas que le dotaban de un aire algo *friki*.

–Inspector Gascón, agente Chinchón, el Prefecto dice que como no se presenten en su despacho pasarán estas navidades desfilando en la Cabalgata Nacional –dijo Poulin con su voz mecánica.

–Bueno, tan poco es mala idea. Al menos hay caramelos y mujeres vestidas de egipcias –se burló el inspector deslizando sus dedos por encima de su fino bigotillo.

–Dice el Prefecto que lo harán vestidos de renos y tirando del carruaje más pesado.

Antes de que el joven asistente terminara de hablar, Gascón y Chinchón ya estaban llamando a la puerta del Prefecto de la Policía de París, monsieur Basile Durant.

–Adelante, pasen de una vez. Gracias por venir *tan deprisa* –dijo socarronamente Durant, que conocía sobradamente el carácter de sus dos agentes.

–Ya sabe que siempre puede contar con nosotros, Prefecto. El inspector Gascón y su fiel ayudante Chinchón siempre están a su disposición. ¿Ha visto? Me ha salido una rima y todo –sonrió Gascón riéndose de su propia gracia.

–Y yo tengo una prima que me da mucha grima, y ahora cierre el pico y ponga atención. Esto es muy importante, ¿entendido?

–¡Si, señor! –dijeron al unísono ambos agentes.

–Bien, iré al grano. Tengo una nueva misión para ustedes. Ha habido un robo y ustedes deben atrapar al ladrón.

–¡Si, al fin una misión a la altura de nuestro ingenio! ¿Y que ha sido, Prefecto? ¿Un atraco al Banco Nacional? ¿Un asalto al Museo del Louvre? ¿O tal vez se han llevado uno de los grandes espejos del Palacio de Versalles? –el inspector ya imaginaba un triunfo en un caso importante que al fin revitalizara su estancada carrera policial.

–¡Oh, no! Nada de eso, *mon ami*. Esta vez no ha sido en París, sino en el pequeño pueblecito cercano de Mancourt. Se han llevado algo mucho más importante dado las fechas en las que nos encontramos. Lo que los ladrones se han llevado han sido...los juguetes.

Gascón y Chinchón tragaron saliva al unísono, poniendo caras de estupefacción como si las palabras del Prefecto les hubiesen abofeteado.

–¡Vamos amigos, no se pongan así! Es un caso muy importante, dado que los juguetes robados son todos los del almacén municipal y que estaban destinados a repartirse en el Gran Desfile Navideño. Puesto que es un lugar con muy pocos habitantes sus oficiales de policía nos han pedido ayuda, así que se la ofreceremos. Si consiguen resolver este asunto el propio Ministro del Interior y el Alcalde de París quedarán muy agradecidos con ustedes, se lo aseguro. Así que quiero que resuelvan este caso antes del día del desfile y con toda discreción. ¿Entendido?

–¡Si, señor! Ya sabe que el inspector Gascón no falla nunca...

–El último caso en que metieron las narices fue en Maison le Chateaux¹, y voló por los aires. Aquello no pasará esta vez, ¿de acuerdo? –Durant miró a los agentes como un perro de presa a punto de morder.

–Nos ponemos ahora mismo con ello, señor. Le prometo que no fallaremos.

Los policías salieron del despacho de Durant y se dieron de bruces con el asistente Poulin, el cual llevaba un montón de carpetas y papeles bajo ambos brazos.

¹ Véase el relato «El Misterio de la Calabaza Parlante», publicado en el blog de Eihir.wordpress.com.

–El Prefecto les pone a su disposición el nuevo Renault descapotable para su nueva misión. Sus características son cuatro puertas, color azul zafiro, 200 caballos de potencia, capota desplegable...

–¡Cállese, Poulin, me da dolor de cabeza! –dijo el inspector–. Vamos Chinchón, tenemos que llegar lo antes posible a ese pueblo de granjeros y al depósito municipal de juguetes.

–*Au revoir*, Poulin, nosotros nos vamos de aventuras y usted se queda aquí con los chupatintas –guiñó un ojo burlonamente el agente Chinchón.

Minutos después los dos agentes entraron en el reluciente automóvil, el inspector sentado a los mandos y su subordinado en el asiento contiguo.

–Esta vez el Prefecto se ha portado, que bonito y nuevo que está todo, parece que nosotros somos los primeros en estrenar este auto. ¡Estamos de suerte, Chinchón!

–Vamos inspector, encienda el motor y métale caña, estoy impaciente por ver que puede hacer este coche.

Nada más colocar la tarjeta en la ranura y encender el motor, se encendieron todos los indicadores luminosos a la vez, incluida la radio que estaba al máximo volumen. Sonaba la emisora de música clásica, que en aquel momento emitía la «*Cabalgata de las Walkyrias*» de Wagner.

–¿Pero esto que es? –dijo el inspector con cara de estupor, intentando manipular los controles sin éxito.

–Haga algo, inspector, me estoy quedando sordo. Tal vez este botón de aquí desconecte la radio...

Chinchón pulsó en un botoncito situado en medio del panel, pero entonces un ruido por encima de sus cabezas le hizo darse cuenta de que se había equivocado. ¡Había accionado la capota del vehículo y ahora se estaba replegando!

–¿Pero qué ha hecho, torpe elefante? ¿Es que se cree que estamos en verano? Fuera debe estar haciendo la misma temperatura que en el Polo Norte –se enfadó el inspector.

–Arranque y mueva el coche, así tal vez funcionen estos malditos interruptores.

Las lucecitas del panel de mandos del coche se encendían y apagaban constantemente, como burlándose de las palabras de Chinchón. Gascón apretó el acelerador y el Renault salió a toda velocidad del parking de la Prefectura con el techo descubierta, por lo que rápidamente los fríos copos de nieve comenzaron a caer sobre la cabeza de los agentes.

Entonces sonó el himno nacional de Francia, el tono del teléfono móvil del inspector, cuyo sonido persistente hizo que al final forzase a Gascón a cederle el aparato a su ayudante. En la pantalla estaba grabado el nombre de Poulin.

–Aquí Chinchón al habla, el inspector no puede ponerse.

–...cuatro puertas mal cerradas, color azul zafiro, 200 burros cojos de potencia y capota no plegable. Y ustedes se van a congelar mientras yo voy a tomar un café con la nueva y atractiva encargada del archivo. ¡*Au revoir!* –dijo el asistente con una pizca de socarronería en su voz antes de colgar.

Gascón y Gervaux se apretujaron lo máximo posible intentando no congelarse mientras se acordaban del Prefecto, de Poulin y de sus familias al completo.

Cuando los agentes de la ley llegaron al depósito municipal de Mancourt fueron recibidos por Cesar Le Saux, el Alcalde del pueblo, un tipo delgado y trajeado que desprendía un fuerte aroma de perfume. Su pelo engominado y sus formas amaneradas estaban a la par con la mirada de suficiencia con la que obsequió a los recién llegados.

–¿Son ustedes los agentes encargados del robo enviados desde París? –dijo Le Saux atusándose el nudo de su corbata, que junto con su traje de alta gama costaba más de lo que ganaban juntos Gascón y Chinchón en un mes.

–Inspector Gascón y agente Chinchón a su servicio, monsieur Le Saux –saludó el inspector mientras se quitaba de encima los copos de nieve caídos durante el trayecto.

–Sígueme, por favor.

Le Saux subió las escaleras que conducían a la entrada principal del edificio, seguidos por los dos policías. Mientras el inspector se dedicaba a hacerle la pelota al político, Chinchón observó las medidas de seguridad. Guardias en la entrada y en los pasillos, cámaras de vigilancia, cerrojos electrónicos y una cámara de seguridad cuya apertura requería la huella digital del propio Le Saux eran medidas difíciles de esquivar. Quienquiera que fuese el ladrón (o ladrones) era un tipo muy hábil, de eso no había ninguna duda.

–¡Fíjense, no han dejado ni un solo juguete, se los han llevado todos! –dijo Le Saux palmeándose la frente con desesperación–. Dentro de pocos días será el desfile navideño y apenas tenemos juguetes de reserva.

Gascón sacó su lupa de bolsillo y se ajustó su gorra azul en la cabeza, símbolo de que se concentraba al máximo para investigar (o al menos lo intentaba). Chinchón, que conocía muy bien a su jefe, no dudó en apoyarse en una de las enormes hileras de estanterías vacías mientras aguantaba un ataque de risa. El inspector iba de aquí para allá, paseando su lupa por todos los rincones de la inmensa cámara, de la cual no habían dejado ni las telarañas.

–Como ven, la única entrada y salida es la puerta y ya ven que la seguridad es máxima. Las grabaciones indican que nadie entró ni salió desde el último recuento de juguetes, ayer por la mañana. ¡Cómo diablos han podido llevarse toda esa cantidad de juguetes, y encima sin hacer ni un solo ruido! Parece cosa de magia.

–¿Los vigilantes de seguridad no escucharon nada anoche? –preguntó Chinchón mientras observaba como su jefe se arrodillaba y examinaba algo en la parte inferior de una pila de cajas de cartón vacías.

–Dicen que no percibieron nada fuera de lo habitual. ¡Hay, señores, que vamos a hacer ahora! Esto es terrible, un desastre nacional, los ciudadanos pedirán nuestras cabezas como en la época de la guillotina...

–No se preocupe, querido amigo, el inspector Gascón nunca falla. Creo que aquí tenemos una pista...

Gascón llevó su mano hacia lo que parecía el envoltorio de un caramelo, pero justo entonces algo enorme y monstruoso apareció delante de sus narices, asustándose y reculando hacia atrás contra Le Saux y Chinchón. Los tres cayeron al suelo como fichas de dominó, mientras algo pequeño y peludo huía rápidamente con el papelito entre sus dientes.

–¡Un monstruo horrible! –gritó asustado el inspector.

–Que monstruo ni que narices, jefe. Es un ratón, lo ha visto aumentado por el cristal de su lupa –se burló Chinchón poniéndose en pie y sacudiéndose el polvo.

–No se quede ahí parado, ayúdeme a atrapar al pequeño fugitivo. ¡Se escapa con una prueba del delito!

Ambos corrieron detrás del pequeño roedor, persiguiéndolo entre montones de cajas, por las estanterías e incluso por debajo del propio Le Saux, al que volvieron a derribar. Tras unos minutos de intensa carrera, sucios y cansados, consiguieron acorralar al ratón en un rincón de la sala. Se acercaron a su presa en ángulo y caminando de puntillas, cerrando cualquier posible vía de escape. Entonces se lanzaron hacia el animal a la vez, pero justo en el último instante el ratoncillo clavó sus garras en la pared y escaló hacia el

techo, colándose entre las rejas del sistema de ventilación y desapareciendo de la vista, no sin antes emitir un sonoro chillido burlón.

–¡Maldito ratón, cuando te coja verás! –amenazó con el puño en alto el inspector.

–¿Se puede saber que están haciendo? –Le Saux estaba atónito con el comportamiento de los agentes.

–¿No lo ve? ¡El ratón es el ladrón! Se ha debido llevar los juguetes uno a uno por la rendija de ventilación. ¡Seguro que los tiene todos escondidos en su guarida!

–¿Pero que está diciendo? ¡Es completamente absurdo! Los ratones no podrían llevarse en una sola noche tal cantidad de juguetes y chucherías. Ni tienen la fuerza suficiente, ni tampoco cabrían los sacos y cajas que faltan por esa estrecha rendija. Si esa es su teoría, inspector, será mejor que llamemos a una agencia de detectives privados.

El concejal se marchó malhumorado dejando a solas a los dos agentes, momento que aprovechó Chinchón para mofarse abiertamente de su jefe.

–¡Ja, ja, ja! Esta vez se ha superado a sí mismo, inspector. Le doy la razón a Le Saux, su teoría es ridícula. Será mejor que hablemos con los vigilantes que estaban de ronda nocturna anoche cuando se produjo el robo, a ver si sacamos algo en claro.

–Está bien, Chinchón, no tengo ganas de discutir. Vámonos, pero que quede en claro que el ratón es mi sospechoso número uno. ¡Volveré, pilluelo! –se despidió Gascón gritando en dirección al respiradero del conducto de ventilación.

Minutos más tarde Gascón y Chinchón se sentaban en dos sillas en el interior del cuarto de los vigilantes de seguridad, donde se cambiaban de ropa e incluso tomaban café o descansaban. Comenzaron a interrogar a todo el equipo de seguridad que había trabajado la noche del robo, pero ninguno había visto ni oído nada de interés para la investigación. Aún les faltaba un último guardia por entrevistar, pero no creían que su declaración fuera a aportar un resultado más positivo, así que se lo tomaron con total desgana.

–Veamos, usted se llama Vincent Claudin, y lleva más de treinta años trabajando aquí de vigilante –comenzó Chinchón de forma rutinaria.

–Así es, señor. Soy el guardia más veterano, estoy a punto de jubilarme ya –dijo Claudin, un tipo alto y encorvado con el rostro cubierto de arrugas y el pelo completamente blanco.

–Me alegro por usted. Bien, al grano. ¿Vio o escuchó algo la noche de autos?

–¿Autos? Si se refiere a si habían coches en el aparcamiento...

–Me refiero a la noche del robo, que si advirtió algo fuera de lo normal –dijo Chinchón suspirando de impaciencia.

–¡Ah, vale! Pues no, señor, todo fue completamente normal. Hice mi ronda como siempre pero no vi al ladrón –dijo Claudin rascándose la cabeza.

–¿Y cómo sabe que fue un solo ladrón, y no varios?

–Esto... bueno, no lo sé. Lo he dicho sin pensar.

Chinchón observó que Claudin se volvía a rascar la cabeza nerviosamente.

–¿No vio ni escuchó nada, ni siquiera pequeños ruidos producidos por ratones? –intervino el inspector, aún encabezado con su descabellada teoría.

–¡Ah, sí! Puede ser, tal vez escuchara algún pequeño ruido.

–¿Entonces en qué quedamos? ¿Escuchó algo o no? –preguntó Chinchón con el ceño fruncido.

El vigilante comenzó a rascarse la cabeza una y otra vez, mirando de un lado a otro nerviosamente. Luego habló en voz muy baja.

–En este edificio pasan cosas muy raras desde hace una semana –confesó al fin Claudin.

–¿Qué clase de cosas?

–Ruidos extraños, herramientas que cambian de sitio o desaparecen, y está...el monstruo.

–¿Ha dicho monstruo? –preguntaron a la vez los dos policías, cruzando miradas de miedo.

–¿No me creen? Miren, aquí tengo unas fotos que hice con mi móvil.

Claudin sacó su teléfono del bolsillo y mostró a los agentes dos fotografías. La primera era de una huella enorme de un pie en la nieve, tomada en la terraza del edificio. La segunda era muy borrosa, pero parecía una inmensa forma peluda que trepaba por una pared confundiendo con la nieve blanca que caía del cielo. A su espalda parecía que llevaba un enorme saco cargado hasta los topes.

El inspector Gascón comenzó a temblar, asustado al ver que aquello era mucho peor que un simple ratoncito ladrón. Atrapar al autor del robo iba a ser más difícil de lo que había pensado.

Era casi medianoche cuando un rayo de luz de luna se filtró por la ventana hacia el interior del almacén municipal de reserva, donde se hallaban los últimos juguetes de que disponía el Ayuntamiento de Mancourt. En el interior de un gran armario estaban escondidos Gascón y Chinchón, apretujados uno contra el otro dentro de tan estrecho espacio que les impedía respirar.

–¡A ver si adelgaza de una vez, Chinchón! Le voy a regalar por Navidad un tratamiento para reducir su panza.

–Deje de rebuznar, inspector, o el ladrón nos oirá y el plan se ira al traste.

–¿Plan? ¿Llama usted plan a esto? Esperar a que venga el supuesto ladrón a por los juguetes que quedan. Con este frío seguro que preferirá quedarse en casa calentito. ¡Y quítese ese ridículo antifaz de la cara!

–Pero si así es como se disfraza el Fantasma Negro, inspector. ¿A que me queda bien a mí?

–Recuerde que es usted un agente de la ley y no un vulgar aventurero protagonista de relatos soeces...

–¡Silencio, inspector! ¿No ha oído un ruido? ¡Es el ladrón, está aquí!

Los agentes guardaron silencio mientras observaban lo poco que podían a través de la delgada ranura entre las puertas del armario. Contemplaron una luz azul que se movía, y luego una gran sombra que cruzó por delante de su posición. Luego escucharon con claridad como los juguetes eran movidos de su ubicación y uno a uno eran depositados en un gran saco.

–¿Ve algo, Chinchón? ¿No será un monstruo, verdad? –preguntó con intranquilidad el inspector recordando las palabras del vigilante Claudin.

–No veo nada, el antifaz me dificulta la visión. ¿Qué hacemos, salimos y lo detenemos con las manos en la masa?

–Bueno, si solo hay uno podremos con él, todo sea por la patria. ¡Valor, Chinchón! Usted primero, por favor.

–Faltaría más, usted primero, inspector –cedió el ayudante.

–¡Oh, no! Llévase usted el mérito de la captura del ladrón, querido Chinchón.

–Está bien, usted gana, pero me debe una –aceptó a regañadientes Chinchón.

Pero cuando el agente quiso salir del armario se dio cuenta de que, por desgracia, estaba atascado junto a su compañero. Por mucho que intentó zafar su cuerpo de la presa humana no pudo conseguirlo.

–Lo ve, ya le dije que está muy gordo. Es usted un hipopótamo, por su culpa se nos va a escapar el ladrón.

–Cállese y empuje, inspector. A la de tres. Uno, dos, tres...

El inspector gascón empujó con todas sus fuerzas a su ayudante, el cual salió disparado hacia el exterior atravesando las puertas del armario. Todo estaba oscuro, así que buscaron a tientas el interruptor de la luz. Al accionarlo se encontraron con que el almacén había sido desvalijado.

–¡Otra vez ha ocurrido, y delante de nuestras narices! Esto es intolerable, Chinchón.

–Mire jefe, la puerta está cerrada. Así que el único lugar por el que ha podido escapar es...

Ambos alzaron la vista al techo y se encontraron con que la rejilla que tapaba el hueco del conducto de ventilación estaba colgando fuera de su sitio. Aunque era bastante grande para que pasaran los juguetes por su interior, un hombre de estatura normal no cabría por aquella abertura.

–¡Vamos inspector, el ladrón debe estar fuera y seguro que no puede tratarse de un monstruo enorme!

–Tiene razón, Chinchón. ¡Vayamos tras él!

Corrieron a velocidad de caracol hasta salir del almacén y rodearlo, viendo una imagen borrosa que desaparecía por un callejón. Cuando llegaron a la altura del punto donde habían perdido de vista al ladrón, vieron una serie de huellas marcadas con nitidez en la nieve que recubría el suelo. Unas enormes huellas de pies desnudos, algunas con restos de un pelaje blanco.

–Bueno Chinchón, creo que hemos hecho todo lo posible. Será mejor que avisemos del robo y que nos retiremos a descansar... –dijo Gascón sacando su móvil para avisar a Le Saux.

–¡No sea cobarde, inspector! El ladrón se ha llevado un gran saco de juguetes, no puede andar lejos con tanto peso y en una noche tan fría.

–Pero mire esas huellas, Chinchón. ¿No ve que se trata de un monstruo de verdad? Yo no me he traído el rifle de cazar mamuts, me lo he dejado en casa. ¿Y usted, lo ha traído?

Chinchón iba a replicar a su jefe cuando vieron un furgón negro cruzar la carretera a toda velocidad cerca de donde estaban. Cuando pasó a su altura los agentes pudieron ver durante un instante con precisión a su conductor.

¡Indudablemente se trataba de un monstruo grande y peludo que les dirigía un gesto burlón con el dedo corazón de su garra izquierda!

–¡Esto no puede quedar así! Chinchón, a por él.

–Así se habla, inspector.

Los dos agentes se metieron en el Renault azul y pisaron el acelerador en pos del ladrón fugitivo. El inspector Gascón iba al volante, mientras su ayudante vigilaba la trayectoria del furgón para que no se les escapara.

–¡A la derecha inspector!

–¡Gire a la izquierda, por ese callejón!

–Mire, inspector, está cogiendo el camino que lleva fuera del pueblo. ¡Acelere!

Gascón iba poniéndose cada vez más rojo de ira, hasta que no pudo aguantar más y explotó.

–¡Ya lo veo, Chinchón, no estoy ciego! ¿Por qué no hace algo útil y consigue activar la capota? Nos vamos a morir de frío.

Chinchón suspiró y obedeció resignado la orden de su jefe, manipulando los controles de la capota. Sin embargo ésta se rompió y quedó colgando por delante del parabrisas, cegando la visión del conductor.

–¡Torpe orangután, mire lo que ha hecho! No veo nada...

–Cuidado inspector, nos acercamos a un puente. ¡Frene, que nos la estampamos!

Gascón intentó frenar para evitar salirse del estrecho camino que cruzaba el puente que se abría ante ellos, pero al hacerlo perdió el control del vehículo. El Renault patinó sobre el resbaladizo asfalto y chocó contra la barrera, quedándose atravesado en el camino justo cuando unas luces lo enfocaban.

–¡Chinchón, salga del coche!

–Ya sé que es de noche, inspector.

Chinchón estaba aturdido por el impacto, pero al ver que se acercaban las luces se dio cuenta de lo que pasaba. ¡Un enorme camión se acercaba a ellos y no había tiempo para evitar el impacto!

Gascón tiró con todas sus fuerzas de la chaqueta de su ayudante y lo sacó del coche un segundo antes de que el camión lo atravesara, pero Chinchón pesaba tanto que arrastró a su jefe por encima de la barandilla protectora y ambos terminaron cayendo al agua.

–Mire lo que ha hecho, zoquete. Hemos terminado en el río y ahora el ladrón se escapará.

–Cállese y ayúdeme, inspector, que no sé nadar...

Gascón nadó hacia su orondo ayudante, que apenas podía mantenerse a flote, pero la corriente era muy fuerte y los arrastró a ambos. A pesar de sus esfuerzos lo único que pudieron hacer fue mantener sus cabezas por encima del agua, mientras sus cuerpos eran movidos por la fuerza del río. Así estuvieron durante varios minutos, hasta que vieron en la orilla a un niño jugando.

–¡Chico, ayúdanos, por favor! –gritaron los agentes haciendo aspavientos para llamar la atención del niño.

–¡Esperen, les lanzaré una cuerda! –dijo el chico al percatarse de la delicada situación de los hombres.

Desde la orilla el niño les lanzó una de las cuerdas que habían cerca de las viejas barcas que poblaban aquel lado del río, pero con tan mala fortuna que en uno de sus extremos tenía atada una vieja ancla de hierro herrumbroso. El ancla le dio de lleno al inspector justo en el centro de su cabeza, por lo que dejó de nadar y comenzó a hundirse en el agua junto a su ayudante.

–Esperen, les lanzaré uno de los flotadores de las barcas.

El niño les arrojó un flotador de color naranja que tenían las barcas para situaciones de emergencia, con tanta puntería que rodeó el cuerpo de Chinchón. El aro apretó los brazos del agente contra su rolliza panza, impidiéndole el movimiento y provocando que se hundiera más deprisa.

–Esperen, les lanzaré uno de los flotadores de las barcas.

El niño les arrojó un flotador de color naranja que tenían las barcas para situaciones de emergencia, con tanta puntería que rodeó el cuerpo de Chinchón. El aro apretó los brazos del agente contra su rolliza panza, impidiéndole el movimiento y provocando que se hundiera más deprisa.

–No se preocupen, les empujaré una de las barcas.

El niño utilizó todas sus fuerzas para impulsar una de las viejas barcas sobre las heladas aguas del río, la cual llegó justo a tiempo a la altura de donde se ahogaban los agentes. El inspector logró subirse a bordo primero, para a continuación ayudar al pobre Chinchón antes de que se hundiera en el fondo. Una vez que ambos estuvieron seguros comenzaron a utilizar los remos para acercarse al embarcadero, pero pronto se dieron

cuenta de que algo extraño pasaba. ¡La superficie de la barcaza poseía más agujeros que un queso gruyere!

–¡Reme más rápido, Chinchón, que nos hundimos!

–Ya lo hago, inspector. Espere, me pondré en el otro lado para hacer contrapeso...

Al moverse para intentar equilibrar la barca, el agente Chinchón hizo todo lo contrario facilitando la inmersión total en el río. Al final pudieron alcanzar el puerto aunque su estado era totalmente lamentable, empapados de pies a cabeza.

–Lo lamento mucho, señores. Están totalmente empapados, será mejor que les ayude a buscar unas toallas... –dijo el niño acercándose a ellos.

–¡¡No!! Aléjate de nosotros, pequeño diablo –contestaron los agentes huyendo a toda prisa de las buenas pero fatalistas intenciones del mocoso.

Los policías siguieron un pequeño sendero que subía hacia la cima de una pequeña colina, dándose de bruces con una terrorífica imagen. Frente a ellos se levantaba la sombra de un inmenso edificio, desvencijado y lleno de ventanas con barrotes oxidados y cristales rotos. Los policías dieron un respingo al leer los restos de un cartel que colgaba de lado sobre la herrumbrosa verja de la entrada.

–Mire, inspector, esto fue una vez un hospital.

–Ya lo veo, Chinchón, y ahora parece abandonado.

–¡Espere! ¿Ve aquello de allí? Es el furgón negro que perseguíamos. Hemos encontrado la guarida del monstruo, inspector. ¿Inspector?

Gascón ya iba colina abajo trotando lo más rápido posible intentando aparentar dignidad, pues una cosa era atrapar al monstruo dentro de la población y otra muy distinta entrar en aquella oscura y perturbadora madriguera.

–Inspector, ¿no le da vergüenza? Un hombre de su edad que tiene miedo de entrar en un viejo hospital abandonado. Venga, entraremos los dos juntos –dijo Chinchón cogiendo a su jefe y empujándolo suavemente hacia la entrada.

–Está bien, Chinchón. Pero que conste que esto no me gusta nada.

La verja no supuso ningún obstáculo puesto que no había ningún candado que la cerrase, así que se acercaron silenciosamente hacia el furgón estacionado. En su interior no había nadie, pero un matojo de pelos blancos en el asiento del conductor delataba sin lugar a dudas que se hallaban tras la pista del ladrón. Tras comprobar que la puerta de la entrada tampoco estaba cerrada, se colaron en el interior del edificio.

Tras encender sus linternas para iluminar la oscuridad del vestíbulo pronto se dieron cuenta de que por dentro aquel lugar aún continuaba con vida. Todo estaba bastante limpio y ordenado, y pese a la escasez de muebles y decoración todo lo que contemplaban estaba en muy buena disposición.

–Esto es muy sospechoso, demasiado orden hay por aquí. Subamos arriba, Chinchón –dijo Gascón encaminándose hacia unas escaleras que conducían al nivel superior.

Sin embargo nada más llegar a lo alto un ruido hizo que enfocasen sus linternas hacia el primer peldaño de las escaleras. ¡Allí, con su pelambre blanquecina y su imponente figura, estaba el monstruo! Los rostros de Gascón y Chinchón se pusieron lívidos como la nieve invernal, al contemplar como aquel rostro de pesadilla se acercaba lentamente hacia ellos peldaño a peldaño.

–Grrrrrr... –gruñó la criatura extendiendo sus enormes brazos que terminaban en afiladas garras.

Aquella visión redujo a añicos el poco valor que le quedaban a los policías y ambos corrieron cobardemente a lo largo del pasillo que se extendía ante ellos. Entraron por la primera puerta abierta que encontraron, hallando una habitación llena de camas que estaba en penumbra. Apagaron las linternas y se metieron bajo las sábanas de una de las camas.

–¿Qué está haciendo, Chinchón? Usted es demasiado voluminoso para ocultarse aquí, váyase a otro sitio que éste es mi escondite.

–¿Y eso por qué? Usted no tiene la propiedad de éste sitio, no veo su nombre escrito por ningún lado.

–Lo verá escrito en la suela de mi zapato si no se busca otro sitio donde meter su grasiento culo. ¡Largo!

De repente una especie de risita ahogada llegó hasta ellos, interrumpiendo su discusión. Luego el sonido fue cambiando hasta transformarse en una especie de aullido suave y prolongado, que provocó un castaño de dientes en los asustados agentes. A través de las sábanas vieron como una serie de figuras fantasmales rodeaban la cama, tirando de la fina tela y golpeándoles mientras aullaban sin cesar.

–¡Son fantasmas, los espíritus de este lugar maldito que ayudan al monstruo! –gritó el inspector temblando de miedo.

–No podemos quedarnos aquí o nos cogerán, huyamos a toda prisa.

Los acobardados agentes escaparon de la cama de un salto, con tan mala fortuna que el destartalado suelo de madera cedió bajo los pies de Chinchón. A través del agujero se precipitaron al piso inferior, que también se quebró, continuando la caída hacia el sótano.

–¡Hay, que dolor! –se quejó Gascón arrastrándose por encima de algo duro que había en el suelo.

–Al menos estamos vivos, menuda caída. ¿por cierto que es todo esto que hay aquí, inspector?

Chinchón buscó a tientas en la pared del sótano y al encontrar el interruptor dio la luz. ¡Lo que vieron sus ojos no era nada más y nada menos que todos los juguetes robados! Cochecitos, soldaditos de plástico, lápices de colores, muñecos musicales, bolsas de chucherías, allí habían montones de juguetes de todo tipo y tamaño, amontonados en el interior de cajas y sacos abiertos.

–¡Lo conseguimos, Chinchón! Hemos encontrado el lugar donde guardaba los juguetes el ladrón.

–Sí, inspector, pero aun no podemos cantar victoria. Mire allí, en la puerta. ¡Es el monstruo! –señaló Chinchón.

En efecto, el gigantesco monstruo peludo estaba de pie ante la única salida del sótano, cerrándoles el paso mientras les amenazaba con su fiera mirada. Lanzó un gruñido feroz mientras avanzaba un par de pasos, aplastando sin querer una bandera de Francia de juguete. Aquella visión transformó el miedo del inspector Gascón en terrible cólera, pues no podía soportar que nada ni nadie mancillara su querida patria.

–¡Hasta ahí podíamos llegar! Semejante falta de respeto no quedará sin vengar. ¡Chinchón, a él!

Gascón cogió una de las pistolas de juguete que se amontonaban en una de las cajas y tras apuntar al monstruo apretó el gatillo. Las pelotitas de plástico impactaron en uno de los ojos y en la nariz de la criatura, que rugió de dolor. Chinchón imitó a su jefe y cogió otra de las armas de imitación, esta vez un fusil de asalto. El utensilio de mentira lanzó un chorro de agua sobre los pies del monstruo, el cual perdió el equilibrio debido a sus aspavientos a causa del dolor.

–¡Chinchón, la red, deprisa! –dijo Gascón señalando una red de portería de fútbol para niños.

Entre ambos colocaron la red sobre el cuerpo caído del monstruo, dando vueltas a su alrededor para aumentar la sujeción. La criatura intentó un último movimiento para levantarse con sus piernas, pero el inspector Gascón previó la maniobra y la impidió con un sutil gesto: le dio un fuerte empujón a su ayudante para que su oronda figura aplastase al monstruo, el cual comenzó a gritar con voz aparentemente humana.

- ¡Socorro, sacadme de encima al gordo que no puedo respirar!
–¡*Mon dieu!* ¿Ha oído eso, Chinchón? El monstruo habla como nosotros.
–Porque no es un monstruo, inspector. ¡Mire!

Chinchón le arrebató al inmovilizado ser la máscara que le cubría, revelando una pequeña cabeza en su interior. Luego, al darse cuenta de que había una cremallera camuflada entre el pelambre del cuello, tiró de ella y la abrió de par en par, revelando lo que ocultaba de verdad el traje de monstruo de las nieves. ¡Un enano calvo y esmirriado con voz de cazallero que no paraba de blasfemar de forma colérica!

- ¡De acuerdo, yo soy el ladrón! Me rindo, pero que el gordo se quite de una vez...

–¿Entonces el ladrón de juguetes no era más que un enano disfrazado? –dijo sorprendido el Prefecto monsieur Basile Durant, sentado en el cómodo sillón de su despacho.

–Así es, señor. Solo nuestro valor y nuestra perseverancia, además de nuestro instinto, logró encauzarnos en la pista correcta –dijo con satisfacción el inspector Gascón.

–¿Y cómo diablos logró introducirse en los edificios donde se guardaban los juguetes?

–Fácil. Su pequeño tamaño le sirvió para colarse por el conducto de ventilación. Se acercaba al exterior vestido con su traje de monstruo, luego se lo quitaba para cometer sus fechorías y a la salida se lo volvía a colocar. Estuvo varios días haciendo eso para vaciar el depósito municipal, Prefecto –relató Chinchón.

–Pero lo que no entiendo es el motivo. ¿Para qué quería tener tantos juguetes?

–No eran para él, sino para los niños pobres de la calle que él cuidaba en el interior del hospital abandonado. Niños sin hogar que no poseían nada en este mundo, y que para que fueran felices al menos una vez en la vida el enano decidió darles los juguetes robados. Ya sabe lo que dicen, la sonrisa de un niño vale más que el oro –dijo Gascón, exultante.

–Muy bien, caso cerrado pues. El enano será puesto a disposición judicial, aunque seguramente solo le caerán unos trabajos sociales como pena, puesto que sus intenciones no eran malvadas. Y en cuanto a los niños, estas Navidades las pasarán viendo en primera fila el desfile, y por supuesto que tendrán juguetes además de un lugar decente donde comer y dormir. Estoy orgulloso de ustedes, aunque me cueste admitirlo. Por una vez, no han metido la pata. ¡Enhorabuena!

El Prefecto les dio la mano a los agentes, palmoteándoles la espalda en señal de felicitación. Luego Gascón y Chinchón abandonaron el despacho de Durant y se encontraron con el asistente Poulin en los pasillos.

–Mis felicitaciones, inspector, agente. Aquí les traigo unas entradas que me ha dado el Prefecto para ustedes.

–Ah, sí, para el desfile. ¡Qué bien, Chinchón! Tenemos asientos de primera fila como la gente de alta alcurnia.

–¡Oh, no, inspector! De esas ya no quedaban. Estas son para participar en el propio desfile, en una de las carrozas.

–¿Ah sí? ¿Y cuál es el lema de la carroza que nos ha tocado? ¿Bailarinas exóticas de Egipto? ¿Valkirias semidesnudas danzando en honor a Odín? –Chinchón se imaginaba muy cerca de las más hermosas mujeres del desfile.

–Pues no. Su carroza es “El Abominable Hombre de las Nieves”. Participa la comunidad de esquimales de Groenlandia que ha venido de visita a París estos días... ¿Pero, por qué me miran así? ¡Oigan, que yo no he tenido nada que ver, lo juro por el Yeti! Oigan... ¡Socorro!

El inspector Gascón y su ayudante Chinchón abandonaron malhumorados y a toda prisa la Prefectura de París, dejando al pobre Poulin encerrado en el interior de la máquina de las bebidas frías, mientras su estómago intentaba digerir las entradas al desfile que los agentes le habían hecho tragar...

FIN